



Vuelo reggae
El conjunto Culture, de Jamaica, atrapa al público con su "reggae". Las manos en alto, como alto está "volando" el cantante del grupo -ni con anteojos "ortopédicos" endereza los ojitos.



¡Hola!, baby
¿What are you doing, baby? Y los músicos de San Andrés y Providencia cumplen la cita.

En San Andrés

Música verde y con olor a durazno

Textos y fotos: Margaritainés Restrepo Santa María

Es como un sueño de una noche de verano... Una inmensa nube de humo, verde y con aroma a durazno, lo cubre todo. Menos la magia de un encuentro que indujo a Santiago Patiño, un antioqueño de 7 años, a dejar un par de días el colegio San Carlos -en donde le enseñan a leer-, por aprender "en una isla, y al lado de su padre (técnico de sonido) -cosas de electricidad-, y por correr el riesgo de vibrar con esa música que a él se le parece a la de las tortugas Ninja -que tanto le gusta- pero la mía no es en inglés, claro".

En el estadio de béisbol Wellington May de la isla de San Andrés. Al remarlar abrió. Como un sueño, allí está "toda la alegría del mundo". Toldo, Telón de fondo con mar, a bordo y Johnny Cay tendido. Lámparas. A manera de diminuto aviso luminoso, una media luna verde y tres estrellas alumbRANDO... Y esa nube de humo que juega con las luces a hacerse amarilla, azul o más blanca; y que, a ratos, también, huele a manzana.

La magia. Y una nube que, tres noches -de 10 a 5 de la madrugada-, se puebla de sonidos de guitarras, tambores, saxofones, batería, raspas, pianos electrónicos, sintetizadores, maracas. De ojos que se abren, bocas que cantan, manos, caderas y piernas que danzan, corazones que laten al ritmo del Caribe. Y se puebla de sueños de bienestar e integración que, por unas horas, son palpables. "¡Waoooooo!... Waooooo. ¡o. ¡o... ¡Welcome to the Green Moon Festival! (¡Bienvenidos al Festival de la Luna Verde)

EMPEZO TU CLASE!
¡Ojo, Santiago, empezó tu clase!
De la nube aromatizada surgen, minuto a minuto, los elementos de esa fiesta mágica.

Allí están los ritmos musicales de la región caribe (muchos de ellos en inglés crollo): Reggae, soca, merengue, calypso, salsa, vallenato... Allí están los artistas. En escena. Con tenis, banderas hechas trajes, corbatines, minis, sombreros, camisas, "le cuadros" trajes típicos, anillos, medias, de seda, cachuchas al revés, mediodía y velos multicolores, semirapados o de trenzas largas o turbantes. Y sus ganas de entregarse. Allí está el público. En la grama. De pie. Bluyines, pantalonetas, espaldas destapadas. Chaquiras en el cabello, gorros hindúes, amplias y coloradas bonas tejidas. Uno que otro improvisa batutas con chispitas manposas o le agrega una careta de simio al espectáculo. Aquí y allí se ven diminutas lunas verdes fluorescentes haciendo el papel de cóbora, pulsera, caucho de pelo o escapulino... ¿Y su intención de gozar? Esa no cambia.

¡OJO, SANTIAGO!
¡Ojo, Santiago!. Aquí no hay tortugas Ninja pero... ¡Ahí te quedan Mighty Sparrow, el rey de calypso, de Trinidad y Tobago. Con 63 años encima, dos medallas en el cuello, y una expresión corporal que, a un par de cargaderas (sobre una camiseta de San Andrés y Providencia) con lenguaje propio lo marca! Encantador de serpientes. Fascinante.

¡Ahí te quedan!
El reggae tradicional y pegajoso de la agrupación Culture de Jamaica. El conjunto Guayacán y su salsa. En compañía de Juan Piña, el lianto del acordeón de Julián Rojas, el rey vallenato. El conjunto Ganiluna, de Honduras, que le saca "música" a una cuajada de burro y le agrega soplos mágicos a un caracol para transformarlo en un instrumento de viento cautivante. El merengue que traen Manuel Jiménez y su gente desde República Dominicana. La Banda Juvenil, The Rebels, Roots and Culture, Shadow, Island Survival, Caribbean Diamonds, del Archipiélago colombiano.

¡Míralos antes que escapen cabalgando en las notas del pentagrama! El almirante Padilla que ha perdido todo por el contrabando... You make me feel so sweet... La sacabas a comer, la sacabas a bailar... ¡love you, San Andrés... Tu mano, tu mano, eternamente tu mano... ¡No cocame... Love... God... Tengo una botella que me sube y me baja... Everybody love banana... Cuántos de ustedes aman... What are



Oye, Santiago
Santiago, Santiago... Trasnocador de siete años. De tanto escuchar (claro que con sietta incluída) ¿al fin cuál música te gusta más: la caribeña o la de las tortugas Ninja?



Los cojos bailan
De yeso en pierna y de muleta en mano. En el Festival de la Luna Verde, los cojos... bailan.

you doing baby... Happy birthday para el grupo The Rebels. Por entre el humo verde y con olor a durazno. ¡Atrapalos, Santiago!

Y ALEMANES MORENITOS
San Andrés 1992. ¡Bienvenidos al V Festival de la Luna Verde!
Y decir Festival de la Luna Verde es decir canto, risa, integración, contacto. Y fumba, de paso. Y con ayuda de eso que llaman resistencia, durante seis horas bailar hasta el cansancio.

Solo o acompañado. Pobre y rico. Turista y nativo. Policía, fotógrafo, miembro de la Defensa Civil, periodista, locutor de radio. Joven de yeso en pierna y muleta en mano, hombre de mente extraviada, uno que otro "alemán morenito", pareja de enamorados, perrero, barranquillero, bogotano, paisa, gnggo, rastafan, anciano, cantante caribeño enebriado por droga y manhuana... ¡Baleeeee! Sobre los hombros de un partero-amigo-continificante. Con manos y pánfulos en alto, jalando por un artista del tablado. Para técnicos de luces y cámaras, sin perder el equilibrio, sobre andamos... Bailan hasta botellas y ogarrillos-inflables.

de plástico- que ponen patrocinadores del evento a lado y lado del escenario.
Decir Festival de la Luna Verde es comprobar que, como si se tratara de un paso más de cualquier ritmo musical, alguien es, repetidamente, lanzado a volar, sin avión y, por supuesto, recibido en brazos para el aterrizaje. Es entender por que Astrid Tatiana, una chica de cinco años, baila sola y lleva el compás de la música, con una botella de aguardiente vacía, a las tres de la mañana; y por que a la misma hora, con intermediario y vía micrófono, el pequeño Fabio González pregunta por el paradero de su padre.

AL TERCER DIA
¡Pilas, Santiago! que... Esa nube de humo líquido-musical, mágica-, se desvanece al tercer día, hacia las 4:40 de la madrugada y termina por acostar a las estrellas y a una media luna en menguante.

Se desapareza Santiago después de una siesta sobre los baules que reposan bajo el gran escenario de madera. Termina la emisión para Anuar el locutor local de Radio Morgan. Se disponen a empaquetar los magos del sonido y de las luces: 115 piezas, 13 toneladas, seis mil metros de cable, 24 microfónos, 125 lámparas... Y se desconoce el paradero de una cámara que alguien se le llevó la segunda noche a Rafael, el fotógrafo de un diano. Queda "desnuda de genio" la grama del estadio Wellington May, pero tapizada de vasos y botellas plásticas, papeles y latas de cerveza, "aplanados" por unos cinco mil pies que cada noche, insistieron en pisar tierra, 500 años después del descubrimiento de América. Guardan sus ollas Angélica y sus compañeras -de unos quince puestos

de comida típica-, que trabajaron para calmar el hambre y bajar los tragos a fuerza de caracol frito colida de cerdo, pan de coco, canjeo relleno, pargo, abondiga de pescado, ensalada de atun, ceviche de camarones y empanadas de platan.

CON MUCHO AMOR
Al tercer día "¡Adios al Festival de la Luna Verde! un evento que se estrenó en 1987, se ha realizado aun sin luz y en contra de los huracanes -1988- el mismo que no se vio motivo viciencia-espanta-extranjeros -1989- "¡Adios a uno de los tres maestros de ceremonia! Sky (Delano Stephen) y sus 194 cms. de estatura, su barba, sus tenis, sus camisas sueltas y sus pañuelos amarrados a la pirata sobre la cabeza. Y adios a su grito de alegría. ¡Waoooooo!"

"Los esperamos con mucho amor en 1993."
En el aire, sobre las olas del mar, entre las palmeras y en los corazones, flota un acumulado de música mágica que habla de amor, igualdad, sexo, armonía. Dios. Música "sazon del mundo" que obliga a moverse por dentro y por fuera, que recuerda a una madre común -Africa- e identifica y une a la región caribena.

Y se queda hablando solo, en las sombras del amanecer, al reloj electrónico cercano al estadio -4 40 a m. exacti time. Temperatura 29 grados. La energía nos cuesta a todos ElectroSant CongratulatiOns San Andrés new department. Be careful, do not sail away beach. "Posgrado?" reclama formulando Respetar los derechos de los niños es cuestión de grandeza. Good habits prevent cholera. Contar con manos amigas, Policía Nacional. There is time to love. To love.

TAMBOR-CORAZON
Una noche una ligera brizna amenaza el espectáculo. Siempre vimos caer gotas de sudor de los artistas en el escenario.
Recordamos los consejos de Loyd Newbold del grupo de San Andrés, The Rebels, para bailar esta música hay que hacer caso a la vibración que entra por los pies (no a lo que se escuchan) y llevar el golpe del tambor con el corazón -no muy lento ni muy acelerado-.

No sabemos cuántas ampollas nacieron y cuantas arañas murieron en esas tres prolongadas sesiones de baile.

Santiago volvió al colegio. Allí, en San Andrés, en donde "los niños no caminan sino que danzan", los corazones todavía laten al ritmo de música verde. Todavía, San Andrés huele a durazno.

Mañana: El órgano de Jeremiah sigue sonando en el puerto libre



¿Se volvió fiesta!

El festival de la Luna Verde (Green Moon Festival) nació en Punta Paraiso. En una casa isleña que se hizo para alojar al presidente que nunca atajo. Rojas Pinilla y que es, desde 1969, sede de la Casa de la Cultura.

Nació como instrumento del rescate de autoestima de valores vernáculos en un medio que ha sufrido "constante invasión" de otras culturas. Como arma de integración y amor. Y con el fin de expresar querer y preservar una entidad caribeña, por fuera de los límites patrios.
Nació como idea en 1979, siendo director de la Casa de la Cultura Kent Francis. Se instaló un sábado primero de diciembre en 1986. Al frente del evento está, también, Samuel Robinson. Lo bautizó con poesía de por medio, Simon González.

Al principio solo fueron conciertos. Ahora se complementa con actividades culturales en los distintos barrios (charlas, sociodramas sobre las culturas del coco y las yerbas, por ejemplo).

A él acuden turistas de distintas partes. Pero no se programa en fechas pico de temporada ni se hizo para gustar a nadie.

Hace trece años se pensaba llevar a la práctica con 400 mil pesos. Hoy cuesta \$80 millones -se financia, en esencia, con patrocinios privados- y para el nacimiento y solidez de manifestaciones culturales locales ha servido de fuerte estímulo.

Y el encuentro se volvió fiesta.
Fuentes de consulta: Kent Francis y Samuel Robinson

Por si el hambre...
Angélica, ¿qué tal el ceviche?